



Título: *Nocilla Dream*
Autor: Agustín Fernández Mallo
Lugar y año: Barcelona, 2006
Editorial: Candada
Páginas: 217

POSTMODERNISMO ANACRÓNICO

No voy a negar que mi interés por la “novela” de un para mi desconocido Agustín Fernández Mallo surgió en gran medida debido al unánime aplauso mediático. Los encendidos elogios de los críticos de algunos de los más prestigiosos suplementos culturales y la elección como mejor novela del año por los lectores de la revista *Quimera* abrieron para mí un esperanzado horizonte de expectativas. Expectativas que tras la lectura se han visto defraudadas en gran medida por dos razones fundamentales.

En primer lugar, y en esto coincido con algunas de las críticas, aplicar el concepto de novela, más que el término, a *Nocilla Dream* es cuanto menos arriesgado, cuando no directamente engañoso. Es bien sabido que la novela es un género ecléctico, que adopta con naturalidad recursos literarios de todos los demás géneros literarios — poesía, drama, ensayo— y en el que también caben recursos extraliterarios que van desde el periodismo, la pintura y el cine, hasta la mal llamada cultura popular. También admite, incluso agradece, innovaciones estructurales: discontinuidad narrativa, alteraciones de los ejes cronológico y argumental, collage, que obligan al lector a realizar su propio recorrido por la lectura. La novela constituye un terreno privilegiado de experimentación formal, y esto es precisamente lo que mantiene vivo este género literario. Sin embargo, en mi opinión, y mientras alguien no me demuestre lo contrario, éstos —estructura, eje cronológico, línea argumental, personajes, con todas las variaciones, innovaciones, experimentos que se quiera— siguen siendo elementos irrenunciables que hacen de un texto una novela y no cualquier otra cosa.

Nocilla Dream es un texto sin estructura, sin eje cronológico ni argumental formado por exactamente 113 (micro)relatos cuyo único nexo de unión, cuando lo hay gracias al bienintencionado esfuerzo del lector, es, en esencia, un árbol al borde de una carretera en el desierto de Nevada, entre Carson City y Ely, del que en lugar de hojas penden zapatos. Los relatos de personajes, apenas esbozados, marginales, marginados y marginables en su mayoría, que transitan por la US50 se unen a los que transcurren en el más cercano y menos literario desierto de Albacete y se intercalan con otros en los que se plantean problemas pseudo-computacionales, todos ellos aderezados con referencias ¿intertextuales? que van desde Italo Calvino a Borges, pasando por William Blake, y otras a aspectos de la llamada cultura popular, como el cine o la música.

No voy a negar que *Nocilla Dream* tiene el atractivo de lo inesperado, ni que Fernández Mallo luce con desparpajo su bagaje lector, gracias no sólo a las ya aludidas referencias explícitas, sino a guiños implícitos, pero evidentes, que adereza evidenciando también su formación científica; ni la imaginativa creatividad de ese árbol convertido en zapatería metafórica. Pero se me antoja que su trabajo se podría comparar al de un arquitecto que en lugar de construir una casa, se limita a poner materiales —retazos literarios— unos al lado de otros sin tomarse el trabajo de diseñar la más mínima estructura que los convierte en habitables. Dice Juan Bonilla en el prólogo que “la novela de Fernández Mallo tiene a bien ser venturosamente experimental” y destaca la utilización de “herramientas que la narrativa rara vez se atreve a usar: las técnicas del collage”. No vamos a discutir aquí si la técnica del collage aplicada a la pintura la inventó Picasso o si fue Braque, pero en cualquier caso fue a comienzos del siglo XX, y a estas alturas,

todos sabemos que en un collage, las piezas, sean de fotografías, madera, piel, periódicos, revistas u objetos de uso cotidiano se conectan de mil formas distintas pero siguiendo un entramado estructural que difumina sus aristas para terminar constituyendo un todo armónico e identificable. Algo que, en mi opinión, no consigue Fernández Mallo al aplicar a la literatura esta técnica que fue asumida y ha sido utilizada con mayor o menor acierto por la mayoría de los autores del *nouveau roman* y los postmodernistas durante los últimos cincuenta años. Lo que me lleva a la segunda de mis objeciones con respecto a otro de los aspectos que casi unánimemente se destacan de *Nocilla Dream*.

El empeño de los críticos en destacar sus aspectos innovadores afiliando *Nocilla dream* al movimiento postmodernista resulta, en mi opinión, un evidente anacronismo. Si la “novela” es postmoderna, y ésa parece haber sido la etiqueta bajo la cual el autor, o los críticos, ha querido situarla, pertenece obviamente al pasado de la literatura, a un movimiento literario cuyo nacimiento se suele situar en torno a 1967, fecha de la publicación del famoso artículo de John Barth, “The Literature of Exhaustion”, publicado en *The Atlantic Monthly*, y que ha producido novelas inolvidables como *The Sot-Weed Factor* del propio Barth, *The Crying of Lot 49* de Pynchon o *Underworld* de DeLillo, por citar sólo algunas. Por supuesto que es lícito instalarse en la postmodernidad ejerciendo el derecho inalienable a la libertad creativa, pero pretender que en el año

2006 al hacerlo se está dando un salto en el vacío es pretender que ignoremos una parte importante de la literatura que se ha estado escribiendo durante medio siglo y eso no me parece serio.

A esto habría que añadir la persistencia en algún que otro error sintáctico, que al margen de los que supongo tipográficos (*ecriptarlas*: pg. 123), se repiten, como el uso de la preposición delante de objeto directo de cosa –“definió a una autopista” (pg. 125); “han calificada a una serie de lugares” (pg. 170) o un ordenación de los elementos sintácticos que chirría y de la que les daré sólo un ejemplo: “Robert sueña con algún día tener el arrojito de irse a vivir a cualquiera de estas privatopias (p. 175) .

Quitémosle pues a *Nocilla Dream* la más que discutible afiliación genérica y los evidentemente inadecuados calificativos de innovadora, rompedora, arriesgada y veamos que nos queda. Parafraseando de nuevo a Bonilla diré que imágenes sueltas que van pasando por las ventanillas del vehículo en el que nos introduce Fernández Mallo, fragmentos de “borrosa nitidez” cuando intentamos contemplarla en conjunto. Parafraseando la cita de Marguerite Duras que aparece al comienzo de libro, podríamos concluir diciendo que este conjunto de (micro)relatos nos hace plantearnos una cuestión: ¿qué habría escrito Fernández Mallo si de verdad hubiera escrito una novela innovadora?

María Luisa Lázaro